

Actualidad de Saussure

Si es preciso señalar dos nombres de creadores de nuevas disciplinas que, en los comienzos de este siglo, hayan renovado fundamentalmente el concepto, ambiguo y decimonónico, de «ciencias humanas», la elección no ofrece dudas: Sigmund Freud y Ferdinand de Saussure. Si la teoría general del hombre ha sufrido alguna modificación fundamental respecto a la vigente en el siglo pasado, es debido a ellos dos más que a ningún otro de sus contemporáneos.

La trayectoria de sus obras es, empero, muy distinta. Freud fue un escritor prolífico y afortunado de expresión, con gran capacidad sintética y profunda agudeza para los detalles; los «progresos» subsiguientes de sus discípulos sobre las teorías del maestro son más que discutibles y las disidencias de mayor talento —Jung, Adler— fueron refutadas brillantemente por el mismo Freud, más que por afán autoritario, por la misma exigencia de una obra que no admitía recortes ni simplificaciones, pero tampoco camuflajes verbales de sus realidades básicas. La enseñanza de Saussure, en cambio, fue esencialmente oral, reunida sólo después de su muerte por dos discípulos, que hicieron una labor inteligente y cuidadosa, pero interpretativa, al reunir el «Cours de linguistique générale»; en cualquier referencia polémica al «Cours» no puede olvidarse que, junto con la fundamental aportación saussuriana, se hallan mezcladas las preferencias electivas de Bally y Sechehaye. Un libro que él no escribió y poco más es todo lo que tenemos para interpretar el pensamiento de Ferdinand de Saussure. No es de extrañar que, a diferencia del caso de Freud, hayan sido sus discípulos, frecuentemente discrepantes, quienes hayan llevado sus principios teóricos a consecuencias más fecundas y sugestivas.

Quizá a alguien sorprenda, al echar una ojeada a las páginas del «Cours», que una obra al parecer tan ceñida al

específico tema lingüístico haya alcanzado tan decisiva importancia en antropología, estética, análisis literario o mu-

sicología. Tal asombro desconocería lo primordial del tema del lenguaje, confundiéndolo con un campo entre

otros de indagación. Pues si quizá no es lícito afirmar que todo sea lenguaje, es indudable que, para el hom-

bre, todo lo que es, es en el lenguaje. La teoría que reinterpreta decisivamente el fenómeno lingüístico no puede menos de incidir en las restantes ramas del conocimiento humano.

El libro que ahora edita Siglo XXI (1) reúne una serie de artículos de lingüistas contemporáneos de primera fila sobre el pensamiento semiológico del ginebrino (¡«oterráneo del autor del «Ensayo sobre el origen de las lenguas»!), a quien Seghers pudo incluir en su colección de «Philosophes de tous les temps» sin excesivo ensanchamiento del concepto «filosofía». Si bien los textos no son demasiado recientes, es indudable que todos ellos están bien elegidos y que la importancia creadora de sus autores está fuera de discusión: Benveniste, Godel, Hjelmslev, Starobinski, Greimas... El lector tiene ocasión de encontrar aquí comentarios sobre todas las parejas de nociones que constituyen la peculiaridad del razonamiento saussuriano —significante/significado, lengua/habla, sincronía/diacronía—, cuya área de aplicación es hoy tan extensa que estos conceptos llegan a desvirtuarse con una familiaridad engañosa. De esta tónica, ya señalada, de alto nivel general, me permito destacar el texto (de 1939; hoy ya clásico) «Naturalidad de signo lingüístico», de Emile Benveniste, y la contribución, quizá más esclarecedora de la posición de Hjelmslev que de la saussuriana, titulada «Lengua y habla», debida al lingüista de Copenhague.

Pudiera resumirse el interés de este volumen con las líneas en el contenido con que el gran lingüista americano L. Bloomfield saludaba la segunda edición del «Cours»: «La popularidad de este libro revela no sólo interés por el lenguaje, sino también la voluntad del público científico de enfrentarse con la teoría lingüística, que hace tambalear, casi a cada paso, nuestros preconceptos sobre los asuntos humanos».

La edición de la obra (en el sentido inglés de la palabra) ha estado a

(1) «Ferdinand de Saussure». Varios autores. Ed. Siglo XXI. 1972.

cargo de A. M. Nethol, que ha hecho limpiamente su trabajo. ■ FERNANDO SAVATER.

De Alobele, su premio de novela y el desierto editorial del Sur

Si los hay, los anales de la cultura andaluza señalarán con piedra blanca la fecha del 14 de noviembre de 1972. Ese día, copa de cóctel en mano, un grupo de iniciados (gente de escritura, librerías, algún lector) asistieron en un hotel de Sevilla al nacimiento de una editorial y del premio que esta editorial recién creada convocaba, fallaba y pagaba por primera vez.

«El Sur ya tiene editorial», venían diciendo varios días antes los carteles por las librerías andaluzas. Esta editorial es Alobele, creada por unos industriales, jóvenes ellos, que han tenido la buena idea de meter sus ahorros en este lo en vez de comprar Telefónicas; lo que ya es nadar contra corriente. Cuando no compra Telefónicas, o Sevillanas, o Altos Hornos, y se mete en jugueterías, el capital andaluz lo que suele hacer es poner un piso en Madrid a una querida; pero esto de montar una editorial es un pecado en el que mayormente se cae poco.

Alobele tiene el proyecto de hacer muchos libros. Y para empezar, en vez de ir con una vara de avellano por los cenáculos de Granada para alumbrar vendedores de «best-sellers», ha decidido crear un premio de novela, que en esta primera reolina ha salido con cincuenta mil pesetas y que ya anuncian que el año que viene será de veinte mil duros.

Pero vamos con el premio que, copa de cóctel en mano, nació en un salón para ejecutivos de un hotel de Sevilla. Dándole todavía vueltas en la cabeza el último rumor periodístico sobre otro premio, el Alfaguara, Alfonso Grosso leyó allí el acta en nombre del Jurado: el premio había sido para Manuel Salado,

LA VANGUARDIA DE NUEVA YORK

Como todos los años, Nueva York ha dedicado doce horas de un domingo a mostrar su vanguardia. No entremos ahora en la ambigüedad de esta palabra ni en si estaban o no en la gran locura los que debían estar. El hecho concreto es que de mediodía a medianoche, el Alexander Hamilton, anclado casi al pie del famoso puente de Brooklyn, ha sido ofrecido a cuantos se considerasen con derecho a participar en el Festival de Vanguardia de Nueva York.

La verdad es que, con cierta dimensión de caricatura, el Hamilton ha sido un microcosmos de la Gran Ciudad, un microcosmos lleno de ternura, de ironía y de crueldad.

Cerca de la escalerilla, unos «músicos» asumían ya la contradicción fundamental: unos cables eléctricos trepaban por sus piernas y se perdían por debajo de la chaqueta, quién sabe si conectados al corazón; los violines no tenían cuerdas ni los pianos teclas, pero los «músicos» hacían movimientos en el vacío, concentrado y brillante el gesto, que naturalmente resultaban de una eficaz sonoridad en la grabación amplificada. No había, pues, creación ninguna, porque la música estaba grabada de antemano y la hubiéramos oído hicieran lo que hicieran aquellos músicos fantasmas. Pese a lo cual, nadie podía negar el entusiasmo y la sinceridad con que las marionetas se sentían auténticos músicos en trance de expresar su personalidad más recóndita. Eran personajes ridículos y tristes, tanto más patéticos cuanto más buena fe ponían en su trabajo inútil.

Subir luego al Hamilton era continuar en un mundo dominado por la electricidad. Era rara la manifestación que no contara con magnetófonos, amplificadores, aparatos de televisión, cámaras cinematográficas o proyectores de diapositivas. La imagen y el sonido se multiplicaban aquí y allá, casi siempre con voluntad agresiva. Había camarotes terribles, como el que llenaba sus paredes de una continua proyección de infinitas películas y diapositivas, con Nixon suspendido de una cuerda y envuelto por la bandera americana en el centro, o aquel otro en el que un muchacho leía tranquilamente mientras un tren de juguete daba vueltas sobre la mesa, reproduciendo, amplificado, el terrible ruido del Metro de Nueva York. Luego, al lado, estaban los camarotes bucólicos, el de dos metros de hojas otoñales o el de otro tanto de falsa nieve, para que los visitantes pudiesen revolcarse y «sumergirse» psicológicamente en la Naturalidad. Lo general, sin embargo, era la existencia en un mismo camarote de lo terrible y lo ingenuo, tal y como ocurre en la Gran Ciudad. Así, por ejemplo, el hombre enjaulado que intentaba dar un sentido a su saxofón —y éste era un músico «de verdad»— en medio de una reproduc-

ción infernalmente amplificada de una pajarería. O el muchacho desnudo que colgaba hojas de lechuga en una cuerda, mientras el astrólogo descubría el porvenir.

Cuerdas, obstáculos, celdas, un espacio asfixiante, mucho más aprovechado por la imagen que por el hombre. Y al mismo tiempo, la resistencia de éste a dejarse devorar y destruir intentando responder con el humor a la deshumanización planificada. En la cubierta alta quizá estaba la última respuesta de este Festival de la Vanguardia. Dos negros marcaban un ritmo africano, elemental y ligado a la sangre. Xilófonos de madera permitían a los visitantes sumarse a ese ritmo, caso de que no prefiriesen limitarse a seguirlo con el cuerpo. Llovía, y desde la cubierta del Hamilton se divisaba una panorámica de río y de rascacielos, de barcas humildes e inmensas torres de cristal. Aquel tantán tenía algo de grito elemental contra la vida tecnificada. Derribadas las paredes de los camarotes, en el espacio abierto, los visitantes ballaban y recibían la ligera lluvia con un gozo animal casi patético.

¿Qué sentido tiene todo esto?, se pregunta uno. ¿De qué huyen estas gentes que ballan en la cubierta del Hamilton o intentan acompañar con el xilófono a los sonrientes negros? Veo bastantes McGovern en las solapas —Nixon es la retaguardia y está abajo, ahogado en un camarote por varios artistas jóvenes—, pero casi nadie cree en las posibilidades de su candidato. La Gran Ciudad está aterrizada por la violencia y sabe que el Central Park es una maravilla sólo hasta una hora determinada, pasada la cual debe cruzarse en taxi si quiere conservarse la vida. «Amigo mío —me decía un americano ya viejo, escéptico, listo y quemado por el whisky—, esto es el principio del fin. La gran esperanza ha muerto y las cosas serán cada vez más difíciles. Parece que avanzamos, pero el próximo cuatrienio puede ser terrible para los Estados Unidos». «Lo malo —le dije— es que será también un cuatrienio terrible para muchos países».

Compre, compre, la Gran América, incontables canales de televisión, films pornográficos por 25 centavos, no vaya solo por este barrio a partir de tal hora, no enseñe el dinero, si quieren violar a una muchacha, ¡por Dios!, que no oponga resistencia; libertad, libertad, ciencia, tecnología, sonido, imagen... y los vanguardistas se han subido al Hamilton para mostrar su agonía y ballar el tantán bajo la lluvia, a dos pasos de los rascacielos de la Gran Metrópoli de Lang, hermosa y terrible como nunca.

Pero, ¿es el tantán una respuesta? Quizá sólo sea un modo biológico de no querer morir. ■ JOSE MONLEON.